500

José Luís Montoto--Manuel Machado

AMOR AL VUELO

COMEDIA EN UN ACTO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904 30



Al actor Juan Martínez Romero
su admirador y amigo
José Luis Montoto

AMOR AL VUELO

AMOR AL VUELO

COMEDIA EN UN ACTO

DE

José Luís Montoto y Manuel Machado

Estrenada en el TEATRO DEL DUQUE de
Sevilla el 2 de Enero de 1904.



SEVILLA
Imprenta de M. Hidalgo; Angostillo, 8
1904

A Jacinto Benavente,

GLORIA DEL TEATRO ESPAÑOL

con toda la admiración de

Los Autores

REPARTO

Personajes	Actores
SOLEDAD.	Srta. Gurina.
CAROLINA. . :	Sra. Delgado.
RICARDO.	Sr. Guillot.
UN CRIADO.	» Arenal.

ÉPOCA ACTUAL



AMOR AL VUELO

Gabinete lujosamente amueblado: al foro una chimenea y junto á ella dos butacas. Á la derecha, en primer término, una puerta; en segundo término, un balcón: á la izquierda, una puerta. En el centro de la escena un velador con algunos libros y periódicos. En toda la habitación y en los objetos que la adornan se notará el más delicado gusto. Es de día.

ESCENA PRIMERA

SOLEDAD

(Al levantarse el telón va del balcón á la chimenea.)

SOL. ¡Qué tristeza, qué soledad y qué frío...! Sin romanticismos: esto es que llega el invierno, nada más...nada más. Y por si no estuviera ya bastante triste y bastante sola, Luz se nos casa; mi hermana menor, mi alegría y mi única amiga va á abandonarme para siempre ¡ingrata! para buscar la dicha lejos de mí. Prefiere el amor de un hombre al cariño de su hermana. La dicha, el amor... Como si tales cosas fuesen compatibles con el matrimonio. Eso es someterse para toda la vida á un hombre que, siendo el mejor de todos, la tratará como nosotras á las muñecas de la niñez. «Ahí te

estás, así te vistes, de ahí no sales. Para mí el mando, la voluntad, la libertad. Tú á obedecer, á callar, á sonreir y á adorar á tu maridito, el cual piensa por ti, siente por ti y vive por los dos, mientras tú vejetas.» No, no. Yo no puedo consentir que mi hermana caiga en semejante desgracia. ¡Pero vaya usted á convencerla! Pues bien; yo lo haré todo, lo intentaré todo. Convenceré á mi tío de que debe llevarnos al Extranjero, si es necesario. Los separaré por todos los medios imaginables, y, si nada consigo, me retiraré protestando. Esa boda no se hará nunca con mi consentimiento... Y Carolina sin venir... He aquí una señora de compañía que ni para acompañar sirve.

ESCENA II

SOLEDAD y CAROLINA

CAROL. (Entrando por la derecha en traje de calle.) ¡Ay, hijita de mi alma! No te puedes imaginar lo cansada que vengo. Te habrás aburrido mucho... Dispénsame, no es mía la culpa: tu hermanita Luz me ha tenido de tiendas hasta ahora mismo. ¡Y si vieras qué cosas tan preciosas hemos encontrado! Si yo no la contengo, se trae á casa todo un almacén de telas. Es claro: como no piensa más que en su ajuar de boda... y una casa requiere tantos detalles...

SOL. Pues ¡mire qué trabajo tan inútil y qué tardanza tan mal empleada!

CAROL. Y ¿por qué?

SOL. Se lo he dicho á usted mil veces: porque Luz no se casa...

CAROL. ¡Pobrecita! Y con lo enamorada que está.... Vamos, hija, parece mentira que seas mujer y tan enemiga del matrimonio. No he sido yo quien te ha infundido esas ideas.

SOL. Ni esas ni otras, ni para eso ha venido usted aquí. Su misión desde el principio no fué otra que la de hacerme compañía y enseñarme el francés. El francés lo sé mejor que usted, y, en cuanto á la compañía, suele usted brillar por su ausencia.... Conque....

CAROL. (Con tristeza.) ¡Dios mío! Eso es decirme que no te sirvo de nada.... ¡Ingrata!....

SOL. (Aparte.) ¡Pobre señora! (á Carol.) No, querida amiga. No es eso, precisamente.... Perdóneme usted; pero cuando se me habla de la boda de mi hermana, pierdo la tranquilidad y....Vaya, no creo que esté usted descontenta de mí.

CAROL. ¡Qué he de estarlo! Si con las dos mil pesetas que me has señalado de renta para cuando seas mayor, podré hacer la felicidad de algún joven infortunado.

SOL. (Sorprendida.) ¿Un cuarto marido?

CAROL. Sí, hija, sí; por eso me duele verte tan enemiga de la mayor de las felicidades, del más santo de los sacramentos....Mira....hazme lo que quieras; pero yo reviento si no te lo digo. En vez de oponerme á la unión de esos jóvenes, tan suspirada y tan merecida por ellos, ¿sabes tú lo que yo haría en tu lugar?

SOL. ¡Que sé yo!

CAROL. Casarme inmediatamente, para no ser menos... Y mira, precisamente tu futuro cuñado tiene un hermano que es el joven más guapo y más distinguido del mundo. Rico.... ¡no hay que decir! Des-

de que volvió de París, hace cuatro meses, todos los muchachos elegantes lo han tomado por modelo y las chicas se lo rifan (Muy cómico.) ¡Ay quién sacara una papeleta!

SOL. ¿Está usted loca?

CAROL. Sí, loca. Te digo que es un partido como habrá pocos. Y yo no sé que tenga todavía ninguna... Pero si no te das prisa....

SOL. ¿Quiere usted dejar su eterno tema? Sabe usted que nada me disgusta tanto como eso, y usted siempre hablando de lo mismo. ¡Claro, como que usted se ha casado ya tres veces!

CAROL. Yo tengo el valor de mis convicciones, y, sin ofender la memoria de mis tres difuntos, si se me presenta ocasión, volveré á contraer.... Porque, hija, con tu sistema se acabaría el mundo.

SOL. ¿Y qué se le va á hacer?

ESCENA III

DICHAS y UN CRIADO

CRIADO (Por la derecha, con una bandeja en la que trae una tarjeta.) Señorita....

SOL. ¿Qué es eso?

CRIADO El caballero que me ha dado esta tarjeta dice que quiere hablar con la señorita de un asunto importante.

CAROL. Á ver; á ver. (Cogiendo la tarjeta y leyendo.) Ricardo Valdés. (á Soledad.) El mismo, tu futuro concuñado, el joven de quien hablábamos. Ahora verás si te he engañado: el más elegante, el más... Viene que ni de molde.

SOL. ¡Quiere usted callar! ¿Qué puede buscar aquí ese señor?

CAROL. Ese joven, porque es joven y guapo.... Pues....muy sencillo: sabrá por su hermano que tú te opones á la boda y vendrá á convencerte de que cejes en tu empeño y dés tu consentimiento....

SOL. Tiene usted razón....Pues viene equivocado, porque ni cejo, ni consiento, ni lo recibo.

CAROL. ¡Hija, por Dios! ¡Semejante feo á un hombre tan guapo y tan fino...!

SOL. (Al Criado.) Dile que no puedo....Pero, nó. Sí, eso es lo mejor...que pase. (Al Criado. Váse éste.) Lo recibiré para decirle que no se canse en convencerme, que disuada á su hermano de la boda y que nos deje en paz. Le hablaré claro y al alma. Tal vez éste es el mejor medio de conseguir mi objeto.

CAROL. (Aparte.) ¡Pobre muchacho!

SOL. (á Carolina.) Haz que pase aquí y ven á mi cuarto. Me ayudarás á arreglarme un poco y saldremos enseguida á hablar con él.

(Váse por la izquierda.)

ESCENA IV

CAROLINA, RICARDO y UN CRIADO

CAROL. Esta chica, esta chica....

(El Criado levanta el portier y entra Ricardo.)

RIC. ¿La señorita de los Ríos?

CAROL. Tome usted asiento, mi señor D. Ricardo... Siéntese usted... Sea usted bienvenido. La señorita Soledad está en sus habitaciones, pero saldrá enseguida, enseguida. Yo misma voy á avisarle. Entre tanto,

aquí tiene usted libros, periódicos, las últimas novelas francesas. Para usted, que es todo un parisién....vengo inmediatamente.... (Ap.) y todo un real mozo. Veremos si Soledad se atreverá ponerle mala cara.

(Váse riendo y haciendo cortesías, por la izquierda.)

ESCENA V

RICARDO

Ric. Libros, periódicos franceses, muebles del mejor gusto, sencillez y lujo. Un nido tibio y amabilísimo. Si yo pensara alguna vez en construirme uno, se parecería á éste. Pero me aterra pensar en el matrimonio, el lazo terrible, indisoluble é insoportable ¡Casarse! ¡Qué falta de galantería! Consagrarse á una sola mujer es ser infiel á todas las demás. Y si al menos fuese una de esas mujeres de que se habla en Europa entera, una de esas mujeres superiores á los prejuicios sociales, á las ideas burguesas; atrevida, inteligente, rara, pero con una cara bonita y el alegre candor de los diez y ocho años.... Nó. ¡Mi hermano está loco! Yo no lo he de dejar condenarse así á cadena perpetua.... Pero el convencer á mi presunta concuñada no será tarea fácil. Mujer... para que no piense como todas.... Aquí está. (Viendo á Soledad salir por la izquierda.) ¡Y es guapísima!

ESCENA VI

RICARDO, SOLEDAD y CAROLINA

RIC. (Adelantándose.) ¿La señorita Soledad de los Ríos...?

SOL. La misma, caballero. (Ap.) Es simpático.

CAROL. (á Soledad.) ¿Te había engañado?

SOL. ¿Don Ricardo Valdés...? (á Ricardo.)

RIC. El mismo, el hermano mayor de Carlos Valdés, que debe contraer matrimonio con la señorita Luz, hermana de usted. Hace tiempo que deseaba hablarle y hoy me he permitido venir á verla esperando que escusará esta libertad en gracia al asunto que me trae.... Se trata, para mí, nada menos que de la felicidad de mi hermano, y creo que esto basta para disculparme.

SOL. (Aparte.) Ya pareció aquello. (á Ricardo.) Adivino, caballero, el objeto que aquí le trae; pero, sin dejar de felicitarme de una visita tan inesperada, no puedo prometerle que hará cambiar en nada mis convicciones.

CAROL. No lo vaya usted á tomar al pié de la letra....Esta señorita tiene el genio un poco vivo, pero en el fondo....(á Soledad.) No se quitan así las esperanzas, de golpe y porrazo, hija mía (á Ricardo.) Y si usted emplea su talento....

SOL. (á Carolina.) Calle.... (á Ricardo.) Estoy convencida del talento de usted, pero sentiría que lo gastase inútilmente.

RIC. Eso es lo que vamos á ver....Pero ante todo, una pregunta.

SOL. (No se desconcierta.)

CAROL. (Chúpate esa. Así me gustan á mí los hombres....)

RIC. ¿Quiere usted mucho á su hermana?

SOL. ¡Más que á todo en el mundo!

RIC. ¿Desea usted su felicidad?

SOL. ¡Más que la mía!

RIC. Pues bien, señorita: así quiero yo á mi hermano.

SOL. Sea enhorabuena.

RIC. Y de usted depende que sea dichoso ó desgraciado.

SOL. Lo comprendo, caballero; y, en otro caso, le ayudaría de buena gana y con todas mis fuerzas; pero usted no puede llevar á mal que yo prefiera el bienestar, la dicha de mi hermana á la de su señor hermano don Carlos.

RIC. Es que su hermana será así también desdichada.

SOL. No lo creo yo... así.

RIC. Pues es evidente.

SOL. Para usted.

RIC. (Levantándose impaciente.) Me extraña mucho esa terquedad en una mujer de inteligencia.

SOL. Ya estaba usted prevenido....

CAROL. Pero ¡por Dios! ¿Qué es esto? Se hablan ustedes de un modo.. (á Soledad.) Niña, deja que se explique este caballero; y usted, caballero, no la contraríe de ese modo. Su tío ha prohibido terminantemente...

SOL. Cállese usted, Carolina.

CAROL. Es que no puedo sufrir que te lleven la contra.

SOL. Y si yo quiero que me la lleven, ¿qué?

CAROL. Entonces...nada (Aparte.) Es incorregible.

SOL. Cuando nosotros terminemos puede usted charlar cuanto quiera, pero mien-

tras tanto entreténgase usted con esos periódicos y déjenos tranquilos.

(Carolina coje un periódico y se sienta junto á la chimenea. Mientras Soledad le ha dicho lo anterior á Carolina, Ricardo se ha quitado el paletot y lo ha dejado sobre una silla.)

CAROL. (Leyendo.) Ayer contrajo matrimonio la bellísima señorita....

SOL. (á Ricardo.) ¿Pero qué es esto? ¿Piensa usted permanecer mucho tiempo aquí?

RIC. (Sentándose.) Hasta que haya convencido á usted.

SOL. Caballero, eso es una tiranía....

RIC. Repotiré á usted lo que he leído en un periódico francés: *El fin lo escusa todo.*

SOL. Efectivamente, así empieza el artículo.

RIC. ¿Lee usted los periódicos franceses?

SOL. ¡Yo soy francesa de corazón!

RIC. ¡Y yo!

SOL. Pues entonces ¿cómo es posible?....

RIC. Justamente, eso mismo iba yo á preguntar á usted: ¿cómo es posible que, siendo francesa de corazón, sea usted partidaria del matrimonio?

SOL. ¡Del matrimonio! ¡Yo!...Pero si es lo que más detesto en el mundo; si lo considero como la más terrible de las plagas... ¿Pero usted no sabía...? ¿Su hermano no le ha dicho...?

RIC. Nada... Pero no es extraño, porque sabe la antipatía que yo tengo al casamiento....

SOL. Entonces ¿qué viene usted á pedirme?

RIC. Que emplee toda su influencia con su hermana para impedir á todo trance esa boda.

SOL. Y por qué no lo dijo usted desde el primer momento. ¡Si yo no deseo otra cosa!

RIC. ¿De veras? Es usted una mujer divina;

¡única en este mundo!

SOL. Y usted el más amable de los jóvenes que he conocido. (Dándole la mano.) Venga esa mano.

(Se dan las manos. Carolina, al verlo, va por detrás y les echa una bendición.)

RIC. Vaya (Al ver á Carolina.) ¡Señora!

SOL. ¡Carolina!

CAROL. Si soy muda reviento. ¿Cómo es posible que ustedes detesten el matrimonio, cuando harían la mejor pareja del mundo y parecen cortados el uno para el otro? ¡Esto me recuerda mis tres maridos!

RIC. (Riéndose.) ¿Tres nada menos?

CAROL. Sucesivamente, y si se presentara el cuarto....

RIC. ¿El cuarto? ¿Tan aficionada es usted al dulce lazo?

CAROL. Desde chiquita, caballero. No levantaba yo ni un tanto así del suelo (Señala) cuando ya jugaba á los novios y tenía cinco ó seis mariditos. Así, ya comprenderá usted que, con tan felices disposiciones, antes de los diez y siete años contrajera mis primeras nupcias. Desgraciadamente, mi esposo el señor Pérez, á quien yo adoraba dentro de su uniforme de jefe de Administración civil, me llevaba algunos años: tenía setenta y ocho. No hay para qué decir que no llegamos á acabar la luna de miel.... Se murió en el cuarto creciente.

RIC. (Con sorna.) ¡Qué desgracia!

SOL. (Á Ricardo.) ¿Pero va usted á tener paciencia...?

RIC. Déjela usted hablar. ¡Goza tanto la pobre...!

CAROL. ¡Ay, sí, señor! ¡qué desgracia! No era la

sola que el cielo me reservaba. Volví á encender la antorcha del himeneo, pero ¡ay! mi segundo esposo, el célebre callista López, me abandonó también cuando estábamos en el cuarto menguante. (Ricardo hace un ademán de estrañeza.) Murió el pobrecito diciéndome estas palabras: «La muerte me asustaba antes de nuestro casamiento; pero, gracias á ti, muero sin pena.»

SOL. (Con chanza.) Esas palabras son el mayor elogio de usted. Pero veamos si es posible....

CAROL. Déjame acabar siquiera la historia de mis desventuras. Mi dolor no tuvo límites. Creí morir ó volverme loca; pero joven y dueña de una fortunita muy decente, aún de luto riguroso porque no me dejó tiempo para esperar el alivio, el simpático Martínez, corredor de alhajas, me cortejó tan decidido, que me obligó á contraer por tercera vez, llena de ilusiones, por aquello de «á la tercera va la vencida.»

RIC. Y el pobre Martínez....

CAROL. ¡Ay! no, señor: Martínez era robusto como un buey; pero de la noche de boda á la mañana siguiente Martínez el corredor desapareció también.

RIC. ¿Murió?

CAROL. Anda corriendo por ahí con todas mis ilusiones....

SOL. Y todas sus alhajas.

CAROL. Como recuerdo de nuestro amor. ¡Pobrecito!

RIC. Pero viviendo su último marido, ¿cómo piensa usted en casarse?

CAROL. Porque hace tiempo que lo mandé á la tumba....del olvido.

SOL. Todo eso está muy bien. Nos ha hecho usted pasar por todas las fases de la luna; pero ya comprenderá que, si sigue, sería el cuento de nunca acabar. Le suplico que nos deje arreglar nuestro asunto. Vaya usted á ver si ha venido mi tío y á recoger á Luz, y diga usted á Juan que sirva el té.

CAROL. Voy inmediatamente.

(Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII

SOLEDAD y RICARDO

SOL. Á veces me impacienta esa mujer con la relación de sus eternas desgracias matrimoniales; pero cuando pienso que nadie se las aguantaría sino yo, me apena despedirla.

RIC. ¡Qué buena es usted!

SOL. No tan buena. Tengo el genio demasiado vivo: yo misma lo conozco. En eso dicen que me parezco á mi pobre madre.

RIC. ¿La perdió usted muy niña?

SOL. A los cinco años vestíamos luto mi hermana y yo.

RIC. ¿Y quedaron ustedes al cuidado de su tío?

SOL. El pobre señor recogió á las huerfanitas, y, apesar de su edad avanzada, que requería sólo tranquilidad y reposo, no consintió nunca en separarse de nosotras. Por nada del mundo quisiera yo abandonarlo ó causarle la menor pesadumbre.

RIC. ¿Y su hermana tiene el mismo carácter?

SOL. Luz es tan dulce como yo viva, tranqui-

la como yo bulliciosa; no tuvo voluntad propia hasta que entró en relaciones con su hermano de usted.

RIC. Y ¿qué le parece á usted mi hermano? ¿Acaso le disgusta?

SOL. Nada de eso; mas, por amable que sea, no comprendo que ella le sacrifique el mayor de los bienes, la libertad.

RIC. Cuánto me place el oirla hablar así. ¡Qué talento y qué ojos, Dios mío! Pero ¿de dónde ha sacado usted unas ideas tan acertadas?

SOL. De las novelas francesas; y además, en el invierno, cuando frecuentamos la sociedad, me basta mirar alrededor para ver en todas partes malos matrimonios, maridos tiránicos.... No hace mucho se me quejaba la marquesa del Valle de que su esposo le prohibía llevar trajes descotados...¡digo! ¡y á mí, que me sientan tan bien!

RIC. ¡Ya lo creo!

SOL. Pues otros hay que impiden á sus mujeres ir al baile, al teatro, á los salones; que les prohiben leer novelas; que las encierran todo el año en casa; que....

RIC. (Interrumpiéndole.) Confiese usted que también los hay que no hacen más que la voluntad de sus mujercitas.

SOL. ¡Ah, si..! (Muy marcado.) Pero esos son tan sosos, tan aburridos, tan insignificantes, que....mire usted, yo creo que esos son los peores.

RIC. Y las mujeres, ¡qué pretensiones, qué exigencias, qué gastos de tocador y de modistas, qué cuentas de sombreros, qué caprichos disparatados, qué fingidas, qué.....!

SOL. También las hay que obedecen ciegamen-

te á sus mariditos.

RIC. Si; pero esas son tan sosas, tan aburridas, tan insignificantes, que....mire usted, yo creo que esas son las peores.... ¡Qué esperar de una mujer que sólo sabe hacer calcetas y tomar la cuenta á la cocinera!

SOL. En eso tiene usted razón: lo que es yo, si me casara, no me reduciría á los menesteres de la casa; trataría de instruirme y de valer para que mi marido no pudiera encontrar mejor amigo que su mujer.

RIC. Y yo, en vez de tratar á mi mujer como á un sér inferior mío, pondría en ella la mayor confianza y me complacería en ensanchar el campo de sus conocimientos para hacerla cada vez más digna de amar y ser amada.

SOL. Es maravilloso lo bien que nos entendemos.

RIC. (Con resolución.) Sí, de ese modo hubiera sido yo; pero aunque encontrase la mujer ideal, no me casaría con ella.

SOL. (Lo mismo.) Aunque ese modelo de maridos pidiese mi mano, se la negaría.

RIC. (Muy vivo.) El matrimonio destruye el amor....

SOL. Y desvanece las ilusiones....

RIC. Se envejece antes de tiempo....

SOL. Las preocupaciones....

RIC. Los chismes....

SOL. Los cuentos....

RIC. La riña....

SOL. Eso: la diaria pelea....

RIC. El aburrimiento....

SOL. La desesperación....

RIC. El engaño....

SOL. El desasosiego....

RIC. La infidelidad....
SOL. La inquietud....
RIC. El fingimiento....
SOL. El odio....
RIC. Los celos....
SOL. (Con firmeza.) Mientras que no prometiéndose nada....
RIC. (Lo mismo.) Está uno seguro de cumplir su promesa.
SOL. Nada: que en vez de tenerse amor vale más tenerse amistad. La amistad es más duradera.
RIC. Tiene usted razón. La amistad entre el hombre y la mujer es deliciosa.
SOL. Así dicen, pero es tan difícil....
RIC. ¿Quién nos impide hacer la prueba? Soledad: puesto que tenemos las mismas ideas, los mismos gustos y las mismas antipatías ¿quiere usted ser mi amiga?
SOL. (Tendiéndole la mano.) Sí, su amiga, su hermana.
RIC. Mi hermana....¿No le parece á usted mejor que lo dejemos en amigos?
SOL. Tiene usted razón. Seamos amigos.
RIC. Pero amigos inseparables. Yo volveré á verla todos los días.
SOL. Todos nó: podría saberse y disgustar á mi tío, el cual no está nada conforme con las ideas nuevas, y diría en seguida: «Si quieren ustedes estar juntos tanto tiempo, cásense».
RIC. Eso, cásense ustedes....¡santas palabras! Pues, nada, sin casarnos nos procuraremos una existencia deliciosa. Por el pronto, yo adoro los viajes....
SOL. Y yo también.
RIC. ¡Viajaremos!
SOL. Imposible, porque mi tío apenas si puede salir de su habitación, y sin él....

RIC. ¿No viajaremos? Bueno; iremos á los bailes y usted bailará siempre conmigo.

SOL. ¡Imposible! Mi tío dice que las niñas solteras no deben bailar.

RIC. ¿Tampoco bailamos? Pues bien; leeremos juntos nuestros libros favoritos; tendremos nuestras horas diarias....

SOL. Diarias nó, porque mi tío....

RIC. ¡Claro! ¡Si usted rechaza todo lo que le propongo!

SOL. Porque no me propone usted más que imposibles.

RIC. Diga usted de una vez que le disgustan mis proposiciones.

SOL. No, hombre, á mí nó; á mi tío....que diría enseguida que usted espantaba á los pretendientes.

RIC. (Sin darse cuenta.) ¡Ah! pues tanto mejor....

SOL. (Sonriéndose.) ¿Sí...?

RIC. (Conteniéndose.) Sí; porque, aun no siendo más que amigos, no me haría gracia ninguna tener un tercero entre nosotros.... Eso destruiría el encanto....

SOL. ¡Lo enojosos que son esos enamorados...! ¡Qué de miradas, suspiros y cumplimientos! El otro día se me cayó una flor, y dos ó tres de mis galanteadores por poco se matan por alcanzarla. El marquesito del Prado la recogió y se la puso sobre el corazón.... ¡me dieron unas ganas de reir...!

RIC. ¡Ya lo creo! Esas son ridiculeces; ¿qué significa eso?

SOL. Hay todavía más, mucho más. Me ofrecen el brazo en el paseo; se disputan el honor de cantar conmigo....

RIC. Y su tío de usted los soporta....

SOL. Con muchísimo gusto.

RIC. No entiendo á su tío de usted.

SOL. ¡Pero si su objeto es casarme!

RIC. Bueno....bueno; pero esa no es razón para tolerar unas libertades tan inoportunas....¡Claro es que usted los rechazará á todos...!

SOL. Ciertamente; pero se diría que el demonio lo hace. Tengo muchas amigas que están deseando casarse, y, sin embargo, nadie se dirige á ellas; y yo, que no lo deseo, rechazo todos los días los mejores partidos. Ayer, sin ir más lejos, rechacé la mano de un acaudalado banquero, de cuyo bueno ó malo humor depende muchas veces el alza y baja de los cambios.

RIC. (Con temor.) ¿Y tal vez ahora lo siente usted?

SOL. ¡Ni por pienso! Otros me han interesado más que ese. Uno había de quien mi hermana llegó á sospechar que estuviese yo enamorada. Bien puedo decírselo á mi querido amigo.

RIC. (Contrariado.) Desde luego... y es una confianza que agradezco en extremo.

SOL. Dice usted eso de una manera.... y ha puesto usted una cara....

RIC. ¡Yo! ¡nó! ¡debe ser el frío!

ESCENA VIII

DICHOS y UN CRIADO

CRIADO (Por la puerta de la derecha, con un servicio de té en una bandeja.) El té.

SOL. Viene muy á tiempo....

RIC. ¡Ya lo creo...!

SOL. (Al Criado que se dispone á servir el té.) Nó, déjelo usted ahí. (á Ricardo) Yo misma le haré los honores.

(Váse el criado por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

SOLEDAD y RICARDO

SOL. Acerquémonos al fuego y mientras tanto le contaré á usted la historia.

RIC. Si usted se empeña....

SOL. (Sirviendo el té.) ¡Claro! si usted fuera mi novio esto podría disgustarle, pero no siendo más que amigo....

RIC. Si, sí, hable usted; la escucho religiosamente. (Se sientan junto á la chimenea.)

SOL. Pues, señor... ¿Empezamos así?

RIC. (Distraído moviendo el té.) Como usted quiera.

SOL. Pues, señor.... este verano pasado.... cuando estuvimos en los baños....

RIC. (Aparte.) Yo si que estoy bañándome en agua de rosas.

SOL. Encontramos á un amigo nuestro que desde niño, según decía él, había sentido por mí verdadero afecto....

RIC. ¡Vaya por Dios!

SOL. ¿Qué es eso?

RIC. Nada: que me he quemado con el té.

SOL. (Notando la brusquedad.) Pues el caso es que.... la verdad.... la cosa me parece hoy tan insignificante, que no me acuerdo siquiera....

RIC. ¡Vaya! (Aparte.) Ahora verás: también tengo yo mi historieta. (Alto.) Pues ese cuento, que empieza como los de las hadas, me ha recordado á una primita mía, á quien yo, cuando éramos niños, le contaba muchos y muy interesantes y muy bonitos...Y apropósito: el otro día, al cabo de algunos años, volví á ver á mi prima. ¡La niña de ayer es hoy una

mujer preciosa! La amistad me autoriza para hacerle esta confidencia.

SOL. (Despechada.) Vamos, vamos....¡ya me lo figuraba yo! Usted es un hombre sin carácter. Ricardo, ¡usted se casará!

RIC. ¡Yo!

SOL. Sí: usted se casará con su prima....Si usted la quiere....es muy natural.

RIC. No me casaré con ella por varios motivos; el primero....

SOL. ¿Cuál es el primero?

RIC. Que es casada....

SOL. (Con alegría.) ¡Ah! eso es otra cosa.

RIC. ¡Soledad! Ha dicho usted esas palabras de un modo....Está usted pálida....

SOL. ¿Yo? Nada... ¡hace aquí tanto calor!

RIC. Venga usted hacia acá, así... (Soledad se sienta retirada de la chimenea.) Si usted quiere, abriremos el balcón....

SOL. No, no vale la pena; gracias....ya pasó.

RIC. Y yo....aquí, á su lado. ¡No sé lo que es esto, Dios mío! En la vida he estado más á gusto al lado de una persona. Yo, que temía perder á mi hermano como el sér más querido, he encontrado en usted...

SOL. (Interrumpiéndole.) ¿No le parece á usted que lo dejemos en amigos? Y, á propósito; no hemos hablado del verdadero asunto que lo ha traido á esta casa, y si dejamos que vuelva Carolina....De modo que usted hablará á su hermano y le dirá que yo me moriría de pena....

RIC. Sí, sí; pero preveo su respuesta. Va á decirme: ¿y por qué no viene Soledad á vivir con nosotros?

SOL. ¡Sí, que estaría divertida! ¡Figúrese usted cuando se pongan á hablar tan amarteladitos y haciéndome notar que estoy estorbando! ¡Cosa más insoportable!

RIC. Es cierto y, sin embargo, me lo explico; porque, la verdad, yo me encuentro ahora mucho mejor que cuando estaba presente esa buena señora.... ¡y eso que no somos más que amigos!

SOL. Y cuando empiecen á hacerse mimitos, él le cojerá la mano....

RIC. (Cojiéndosela.) De este modo.... Sólo que ella no la retira, como usted me retira la suya.

SOL. Es que nosotros.... no somos novios.

RIC. Pero somos amigos, y eso es tanto por lo menos. ¿Es que no puede un amigo cojer la mano de su amiga?

SOL. (Inquieta.) ¡Dios mío! Algo debe haberle ocurrido á Carolina cuando no vuelve.

RIC. ¿Tanto desea usted que me vaya?

SOL. No, al contrario.... pero....

RIC. Está usted intranquila.... Antes dijo usted que nada temía....

SOL. Sin duda. ¡Era tan puro, tan desinteresado el motivo de nuestra entrevista...!

RIC. Y ahora ¿no es lo mismo...? ¿Qué teme usted...?

SOL. Nada; y, sin embargo, me parece que no he hecho bien en recibirle....

RIC. No, Soledad.... Pero quizá tenga usted razón.... porque, en fin ¿cómo vivir ahora sin usted? ¿qué haré los días que no la vea..? ¡Y lo peor de todo será pensar en que la ven otros...! ¡Ay! ¡yo le juro á usted que voy á sufrir mucho!

SOL. (Con viveza.) No tenga usted cuidado: antes que causarle ese disgusto, yo me negaré á todas ¿lo oye usted? á todas las visitas. No recibiré á nadie.

RIC. }
SOL. } (Los dos á la par,) Ah! pero usted....

RIC. (Mientras Soledad baja la vista comprendiendo hasta donde

puede llegar el alcance de las palabras pronunciadas.)
¿Sabe usted lo que estoy pensando?

SOL. (Repuesta un poco.) Yo.... no.... diga usted... También yo tengo mil ideas que me bullen confusas en la cabeza y no acierto á expresarlas.

RIC. Pues yo pienso que hace poco decía usted que sólo hacía su voluntad, y estoy viendo que también hace usted la mía.

SOL. ¿Y si mi voluntad fuera hacer la de usted?

RIC. ¿En todo, Soledad?

SOL. ¡Qué pregunta!

RIC. Sí; tiene usted razón: perdóneme usted (Aparte.) Aquí de todo mi valor. (Alto.) Es cierto; debo irme para no volver...

SOL. (Aparte.) ¡Dios mío!

RIC. Adios. (Se dan las manos sin poder hablar.) (Aparte.) No me detiene...

SOL. Se va sin decirme.... (Ricardo va hasta la puerta de la derecha y vuelve.)

RIC. ¿Soledad...?

SOL. ¡Ricardo! ¿Decía usted...?

RIC. Nada; si... no quiero engañarla: yo no tengo ya valor ni autoridad para hablarle á mi hermano....

SOL. Ni yo á mi hermana....

RIC. ¿De modo que nuestra entrevista...?

SOL. Ha terminado. (Aparte.) No puedo más. (Dejándose caer en una silla.)

RIC. Un momento, Soledad. No volveremos á vernos, probablemente; pero al separarme de usted siento un miedo terrible.

SOL. ¿Miedo...? ¿De qué?

RIC. De que, á pesar de cuanto hemos dicho, ese corazón despierte algún día al cariño de un hombre.

SOL. (Resuelta.) Nunca, Ricardo: si antes eran sólo ideas las que nos separaban de to-

dos, ahora tengo motivos más poderosos. Ahora sí que todos me son indiferentes.... Pero estoy segura de que no le ocurrirá á usted lo mismo con todas las mujeres, y yo no se lo perdonaré nunca.... ¡nunca!

RIC. Yo le juro á usted que no tiene por qué temer: todas las mujeres son nada para mí; y después de haberla conocido.... (Conteniéndose.) Soledad, dígame usted que no me vaya. (Acercándose á ella y viendo que llora.) Pero.... ¡Dios mío! ¿llora usted?

SOL. No lloro.

RIC. Sí; llora usted... No lo niegue. ¡Si á mí me están entrando ganas de hacer lo mismo...! Pero no, esas lágrimas me lo dicen todo, y yo no puedo ya callar tampoco.... ¿Amigos...? ¡No podemos serlo!

SOL. Es verdad. Pero ¿por qué?

RIC. Por que yo la quiero á usted con toda el alma.

SOL. ¡Dios mío! Calle usted.... Yo también... yo.... yo no sé....

ESCENA X

DICHOS y CAROLINA

CAROL. (Entrando por la puerta de la derecha.) Soledad, Soledad: ¡estoy loca de alegría! (á Ricardo.) Usted perdone. ¡Qué casualidad! ¡qué delicia! ¡qué encanto!

RIC. ¿Ha encontrado usted al cuarto?

CAROL. No, señor, al segundo, digo al tercero, digo al último.... no sé lo que me digo; á Martínez, al ingrato, que vuelve á mí como la oveja descarriada á su redil.

RIC. ¿De modo que es usted feliz...?

CAROL. Pero ¿qué ha pasado...? Supongo que no seguirán ustedes oponiéndose á la felicidad de sus respectivos hermanos.

RIC. ¡Cá! no, señora; no sólo autorizamos esa boda, sino que nosotros.... Soledad, dilo tú.

SOL. Yo.... después de lo que hemos hablado....

CAROL. No hace falta que lo diga. Dios os dé una luna de miel con todas sus fases.

RIC. (Por Soledad.) Ha vencido en toda la linea.

SOL. (Por Ricardo.) Nó, quien ha vencido es él.

RIC. ¿Y las novelas francesas?

CAROL. Ahora mismo las quemo yo, no vayan ustedes á arrepentirse.

SOL. (Al público.)

¿Amé al vuelo? Sí, señor;
y de mi amor no recelo.
Á veces, amando al vuelo,
la mujer ama mejor.

TELÓN

Obras de José Luis Montoto

LA LOCA DEL 3.º, juguete cómico en un acto y en prosa, en colaboración con D. Antonio Soto.

LA LITERATA, juguete cómico en un acto y en prosa, en colaboración con D. Antonio Soto.

LAS GUERRERAS, juguete cómico en un acto y en prosa en colaboración con D. Pedro Muñoz con música del maestro D Manuel del Castillo.

LA PAVA, entremés en prosa.

EL TORERO DEL BARRIO, sainete en un acto y tres cuadros, con música del maestro D. Emilio López del Toro.